

no se opone a la razón y a la seriedad analítica— reivindica las acciones de la población pobre y sufrienda de Colombia como uno de los vehículos claves de su democratización real. Por eso la derrota histórica de los movimientos populares en este martirizado país ha significado un revés histórico para todos aquellos que propugnan la construcción de un país genuinamente democrático que dé cabida a las mayorías de color oscuro y mestizo y que permita vivir dignamente a obreros, campesinos, negros, indígenas y mujeres pobres.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

¿No era tan boba?

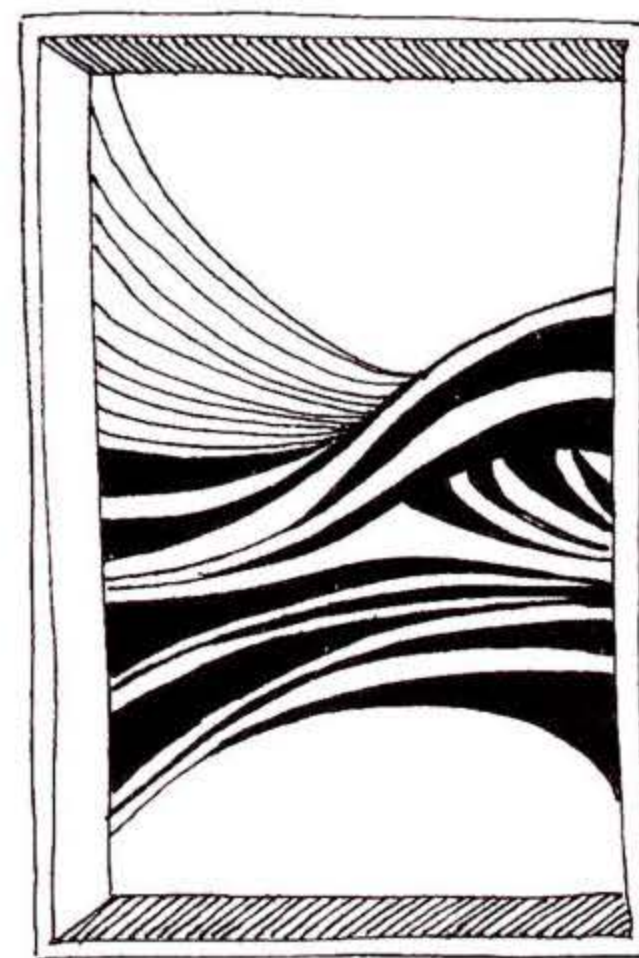
La Patria Boba

Javier Ocampo López
Editorial Panamericana, Bogotá, 1998,
139 págs.

Al abrir este cuadernillo de historia, uno querría saber de dónde viene el nombre de Patria Boba. En la introducción, el autor nos dice que el nombre fue acuñado por Antonio Nariño en su periódico Los Toros de Fucha, en 1823. ¿En qué contexto? Armando Martínez, en *El legado de la Patria Boba* (1998), refiere que la expresión no se debe a los historiadores, sino “a los periodistas de la década de 1820 que disputaban con Antonio Nariño en el contexto de una ‘conciencia culposa’ por los errores de táctica cometidos en la década anterior por los ejércitos de Cundinamarca y del Congreso”. La explicación que nos da Ocampo es la misma que nos recitaban en el colegio: “Las constantes luchas internas y la sencillez ante los problemas, muchos de ellos simples y sin ninguna trascendencia nacional, llevaron a pensar en la llamada desde entonces Patria Boba”. ¿La sencillez ante los problemas? ¿Quiere decir que las cuestiones que afrontó la

Primera República eran banales? En las reflexiones finales, el autor escribe: “Los problemas de la Primera República granadina son fundamentalmente de índole provincial” (pág. 102). Sin embargo, concluye que la Patria Boba no era tan boba, “fue el crisol, en donde se manifestaron los problemas de un Estado-Nación, nuevo en las áreas democráticas del mundo”. ¿Cómo podrían, pues, ser simples y banales, provinciales, los problemas que se afrontaron entre 1810 y 1815 con la insurgencia revolucionaria? Nos parece que la ambigüedad misma está sembrada en los orígenes del movimiento independentista, tal como los relata Ocampo: “Así, se instauró en la Nueva Granada el movimiento autonomista del gobierno, representante de la monarquía, con una independencia total en sus decisiones; conservando de todas maneras estos dominios para ‘el deseado Fernando VII’”. Más adelante agrega: “Este cambio no significaba alteraciones en la forma de gobierno, ni en la estructura social. Se conservaban la monarquía, los privilegios y la jerarquización de la sociedad”. Esta tendencia fue promovida por las juntas de gobierno autonomistas, centradas sobre todo en Santafé, “presentando como derecho la reasunción de la ‘soberanía popular’ y el reconocimiento del monarca Fernando VII”. Pero si el pueblo nunca había sido soberano en la colonia, ¿qué sentido tiene hablar de la reasunción de la “soberanía popular”? ¿Qué hay detrás de esta aparente ambigüedad? Ocampo no lo explica. John Lynch, en *Revoluciones hispanoamericanas* (1973), nos da una luz: “Cuando la monarquía sufrió un colapso en 1808, los criollos no podían permitir que se prolongara el vacío político; actuaron rápidamente para anticiparse a la rebelión popular”. Esta manera de independizarse preservando los lazos con el monarca se explica por este temor: “Un inmenso volcán está a nuestros pies. ¿Quién contendrá las clases oprimidas? La esclavitud romperá el fuego: cada color querrá el dominio” (Bolívar, en carta a Páez

de agosto de 1826). Camilo Torres, promotor del federalismo, “ideólogo de la revolución”, escribió *El memorial de agravios* (1809), en el que no hace referencia alguna a la insurrección de los Comuneros. Los criollos de las clases altas de la capital, como nos dice John Lynch, “permanecieron alejados, indiferentes a los intereses de sus inferiores; la igualdad que reclamaban era igualdad con los españoles, no con los mestizos”. La discriminación de los españoles con los nacidos en América, incluso si descendían de españoles sin mezcla alguna, llegaba al punto de llamar a estos criollos “manchados de la tierra”. En lugar de reivindicar el mestizaje, muchos presuntos criollos iban a los tribunales a hacer valer su pretensión de sangre blanca sin gota de mestizo o de mulato. Contra las tesis federalistas, inspiradas en el movimiento homólogo recientemente ocurrido en los Estados Unidos, los líderes centralistas se decían depositarios de la autoridad legítima, “conservadores de la autoridad legítima del monarca” (pág. 15), y como uno no comprende cuál puede ser esta “autoridad legítima del monarca”, se ve llevado a concluir que la llamada independencia no era tal, sino simplemente un cambio de gobierno, que pasaba de unas manos a otras.



Es extraño que Ocampo no cite a Simón Bolívar en todo el ensayo. Se

exilia en Jamaica en 1815 y escribe allí su famosa carta en septiembre. ¿Es que no son pertinentes sus consideraciones? ¿No arrojan luz alguna para comprender lo ocurrido en este período que va de 1810 a 1815? En el libro, Bolívar es como un fantasma etéreo: una vez aparece como federalista (pág. 44) y otra como centralista (pág. 69). Ninguna palabra acerca de esta transición en la postura política del Libertador, como si éste fuera sólo un militar y no un político y un ideólogo. A Bolívar, en este libro, le ocurre lo mismo que al libro: sin sangre, sin nervio, sin alma: apenas el esbozo de un esqueleto sin consistencia. La verdad es que Bolívar, en la Carta de Jamaica, hace un diagnóstico del problema que afrontó la "naciente república", y es probablemente la crudeza de este diagnóstico, que desinfla el idealismo típico de los historiadores tradicionales, el que desestimula a éstos para traerlo a cuento. He aquí lo que escribe Bolívar en su Carta de Jamaica: "La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva; su existencia política era nula [...] Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos corresponden, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y sus mecanismos". Bolívar presiente que una república de veras independiente y autónoma es de improbable constitución: "Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza". Hacia el final de su vida, Bolívar es más explícito acerca de los rasgos de la pretendida "revolución de independencia": "En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente, por su influjo, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento la más despótica de Europa [...] En aquella aristocracia entran

también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos; pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren, no para el pueblo, que según ellos, debe continuar bajo su opresión" (L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*).

Uno estaría inclinado a pensar, juzgando por los caracteres prevalentes en este lustro (1810-1815), que sí se trató de una Patria Boba: guerras civiles entre centralistas y federalistas, indecisión y anarquía en lo político y en lo administrativo, economía de crisis y decadencia, descoordinación de la política fiscal, déficit de tesorería, etc. Pero no hay que ser ingenuos: estas condiciones, que prevalecen, acentuadas, hoy en día, benefician a grupos minoritarios de la sociedad, no son de crisis, susceptibles de mejora, sino institucionales, y fueron sembradas desde la conquista, sin alteraciones esenciales, como no sea hacia su agudización: la rapiña, el exterminio y el desafecto profundo por el suelo natal, pues seguimos siendo unos "manchados de la tierra".

RODRIGO PÉREZ GIL

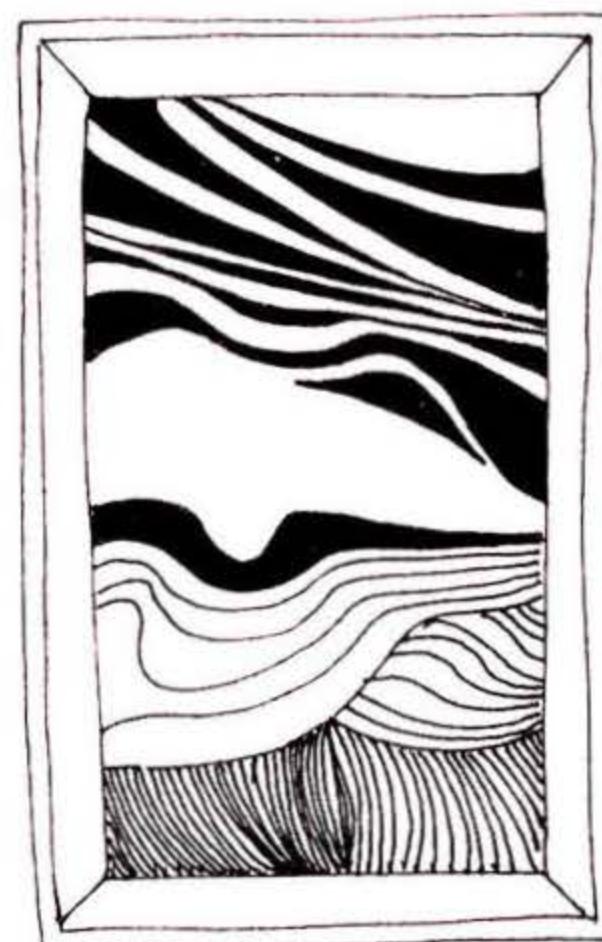
Que es un escándalo, dicen

Grandes escándalos en la historia de Colombia

Rafael Mauricio Méndez Bernal
Ediciones Martínez Roca, Bogotá,
1998, 229 págs.

Todas las naciones tienen una historia de las personalidades que se inmiscuye en los detalles de su vida íntima, con el fin de colocarlos al mismo nivel de los demás mortales, o incluso por debajo de ellos. En algunas ocasiones, este tipo de relatos proporciona al lector una satisfacción poco común: el encontrar que sus líderes entregan al altar de la cotidianidad sus pasiones y deslices.

Este placer lo han llenado los escritores de diferentes épocas, desde los del Antiguo Testamento hasta los periodistas interesados en el caso de Mónica Lewinsky. La historia de David y Betsabé, o de los habitantes de la Sodoma antigua, o las de los doce césares contada por Suetonio, todavía deleitan a muchos por el valor documental que arrojan sobre las apetencias sexuales, la codicia o la locura de las grandes figuras bíblicas o los personajes del imperio romano.



Jean Froissart, en sus crónicas, introdujo muchos detalles sobre las incidencias de la guerra de los Cien Años y otros períodos de la historia medieval. La crónica como género literario se sostuvo luego en toda Europa, pasando a España y de allí a América Latina, en donde Ricardo Palma puso en el primer lugar de la literatura mundial sus *Tradiciones peruanas*.

En Colombia, Juan Rodríguez Freile nos dejó ese valioso documento de la Colonia que se tituló *El carnero*, documento irremplazable sobre los hechos más relevantes de la vida social. Durante el siglo XIX, José María Cordovez Moure en sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, trazó finas pinceladas sobre los bailes, las guerras civiles, las costumbres de la sociedad, los crímenes famosos. La crónica costumbrista fue un género muy apreciado en los salones de la antigua Santafé.